El Hostal

Ana Grimal

El Hostal

Ana Grimal

avant
editorial

Primera edición, enero de 2025
©Ana Grimal, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-46-8
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: M-1157-2025

Para Shravni…

Cinco amigos.
Un viaje.
Un hostal.
Ya es demasiado tarde para actuar.
Ya es demasiado tarde para huir.

Primera parte

1

Me llegó la propuesta de irme de vacaciones todo un mes. Lógicamente, acepté. No quería quedarme en casa; no es que me llevara mal con mis padres, solo necesitaba mi espacio. Me lo propuso mi grupo de amigos, con los que llevo quedando dos años. Nos conocimos en bachillerato; había cambiado de instituto el mismo año que empecé primero. Ellos ya eran un grupo cuando les dije: «Hola» por primera vez. Todos eran agradables. Mi primera impresión fue esa.

Hoy en día sigo pensando que todos son amables, quizás uno menos que otro, pero, en general, son buenos amigos.

Me encontraba sentada en la silla del escritorio, con el portátil en la mesa, visitando todas las webs de hoteles. Me iba ese mismo día, en una hora, y la encargada de buscar un hotel en el que la relación calidad-precio fuese la mejor era yo. Cuando lo encontré, envié el enlace al grupo que tenía. Lo segundo que hice fue reservar una habitación para esa misma noche. Escogí una con una cama de matrimonio. Por las

fotos, la habitación estaba muy bien, y la cama se veía muy cómoda.

Me levanté y caí en la cuenta de que el aire acondicionado llevaba puesto todo el día.

El tiempo se me echó encima, así que fui al baño a darme una ducha. Me hubiera gustado poder darme un baño con espuma mientras leía algo y dejaba que los dedos de los pies se arrugaran, pero llegaba tarde. Salí y me vestí con unos pantalones vaqueros de color negro y una camiseta básica del mismo color. Dejé la maleta en la entrada de casa. De fondo oía cómo mis padres se preguntaban mutuamente qué querían para cenar. Cuando la vieron, se levantaron del sofá. La habitación estaba en penumbra total salvo porque la televisión proyectaba algo de luz dependiendo del anuncio o escena que en ese momento emitieran.

—¿Has cogido todo? —se acercó y puso su mano en mi hombro.

—¿Ya quieres que me vaya? —sonreí pícaramente.

—Ya sabes que no —me estrujó el hombro.

Sonreí.

—¿Te llevo a algún lado? —mi padre se posicionó al lado de mi madre, con un brazo en la cadera.

—No, gracias. Vienen a buscarme —me revolví un poco—. Mamá, deja de apretar.

—Perdona —me abrazó.

Mi padre hizo lo mismo. Me despedí y salí con mi maleta, agarrándola del asa. Pesaba más de lo que creía. Por suerte, tenía ruedas.

Salí del portal. La calle estaba abarrotada de gente. Me empujaron un par de veces y me dieron con el bolso otras cuantas. Llegué a la esquina y los vi. Habían aparcado en doble fila y todos me hacían gestos para que me diera más prisa. Reían, y yo también. El coche era un monovolumen. Se lo habían comprado de segunda mano a Lucas por haberse sacado el carné de conducir, encima a la primera. En cuanto practicara más y destrozara ese, le comprarían el coche de sus sueños. No lo decía yo, lo decía él.

El camino hasta Guadalajara fue divertido, aunque deseaba fervientemente poder ponerme los audífonos.

Los ánimos estaban por las nubes. Nunca los había visto tan felices como aquel día. No paraban de hablar de lo que harían y cómo lo harían, qué sitios visitarían, dónde comerían y cenarían, hablaban del bar de copas… «Todo en -ían», pensé.

El camino se me hizo corto, solo una hora y diez. Aparcamos en el parking del hotel y nos registramos. Sofía e Irene dormirían en la misma habitación. Hugo y Lucas en otra, los dos en la misma. Yo sola, así lo reservé antes de salir de casa.

La habitación era igual que la que se mostraba en las fotos. Dejé mi maleta encima de la cama. No quería deshacerla.

Cenamos en un restaurante. La comida nos pareció la mejor que habíamos probado. Así que me hice una pregunta: ¿la comida estaba realmente buena? ¿O nos sabía así porque estábamos híper felices?

Posiblemente fueran las dos cosas, o quizás la última.

Hablamos de cosas animadas durante un buen rato y disfrutamos. Ellos de un buen vino, y yo de mi manzanilla con hielo.

La siguiente parada fue en el bar de copas. Al cabo de una hora tuve que volver al hotel. Me dolía la cabeza, era como si me fuera a estallar. Me despedí y volví gracias a Google Maps. Esa noche no me acosté después de leer. No toqué ni un libro; me dormí con la maleta sin abrir a mi lado.

Al día siguiente fui la primera en despertar. Escribí por el grupo, pero nadie me respondió. Así que bajé, salí del hotel y busqué una cafetería cercana. Llevaba conmigo un libro. Una vez en la terraza del establecimiento, pedí un café con leche de soja y abrí el libro por la página ciento once.

Más tarde me enteré de con quién había pasado la noche Sofía: con Hugo. Entre copa y copa se habían emborrachado y habían acabado en la cama. No es que me sintiera celosa, ¿de qué? Era el simple hecho de que podía resentirse esa experiencia. Al fin y al cabo, compartíamos muchas horas juntos y no quería por nada del mundo que estuviéramos todos incómodos.

Esa mañana, después de que los demás desayunaran, fuimos a hacer turismo. No había esa incomodidad ni nada por el estilo; era como si no hubiera pasado nada. Comimos en el hotel y cenamos en el mismo sitio de la otra vez. Hasta fuimos al bar de copas, y me volví a ir antes que ellos. Me di una ducha y me puse cómoda. Leí un buen rato y me quedé dormida.

Esa noche Sofía y Hugo volvieron a acostarse. Irene se trajo compañía. ¿Dónde durmió Lucas? No lo sé.

Por la mañana me encontraba haciendo un poco la maleta, volviendo a doblar la ropa que saqué de más, cuando llamaron a mi puerta.

Abrí.

—¿Se puede? —Irene poseía esa sonrisa de diversión. Sofía, en cambio, no; ella estaba seria.

Las dejé pasar, y me senté en la cama, haciéndoles espacio.

—¿Te enteraste? —Irene se divertía. No había dejado ni un momento de sonreír.

—¿De qué? —sentía mucha curiosidad, aunque intuía lo que me iba a decir.

—Volvieron a acostarse —Irene estalló en risas.

—¿Otra vez? —me llevé la mano a la frente. Cerré los ojos con fuerza.

—¡Sí! —se sujetaba el vientre mientras seguía inundando la habitación de carcajadas.

Sofía aún seguía dándonos la espalda, sentada en la cama.

—A mí no me hace gracia —se volvió para mirarnos—. Creo que siento algo por él.

La risa de Irene cesó.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —me aventuré a preguntar.

—Él no quiere nada conmigo —se apartó un mechón de la cara, y vi cómo sus ojos desprendían cierta tristeza y cierta vergüenza.

Yo entendía las dos formas de verlo: la de Sofía y la de Hugo. Comprendía que, al fin y al cabo, era la misma razón. Ninguno de los dos quería que eso saliera mal; no querían perder para siempre la relación tan bonita de amistad que los unía.

Todo quedó en una "anécdota".

Preparé y cerré la maleta.

Nos fuimos a nuestra siguiente parada.

Esa noche llegamos al hotel rural. Tocaba paz y tranquilidad. Así lo pedí y así se hizo. No les obligué a tomárselo con calma, pero, aun así, lo hicieron.

Disfrutamos de la estancia el primer día. Salíamos a perdernos por las calles, a disfrutar del silencio. Yo más que los demás.

Cuando descansábamos, cada uno hacía algo diferente. Hugo, con los audífonos puestos, veía Netflix desde su *smartphone*. Lucas hablaba con Irene y Sofía.

Estas se hacían trenzas mutuamente, y yo me sentaba a leer.

A veces me encontraba leyendo sin prestar atención a lo que leía.

Una mañana, tomando un café que me había preparado dentro del hotel y que salí fuera a beber, me encontré con un chico de mi edad.

Hablamos largo y tendido de todo. No sabría muy bien explicar por qué. Solo sé que me transmitió... no lo sé, ¿confianza? No se la doy a cualquiera. Hablamos de qué hacíamos allí; él había venido con su familia, era el mayor de tres hermanos. Hablamos de música, de libros, del tiempo, de dónde vivía cada uno, de lugares a los que nos gustaría ir…

Después de ese día, nunca volví a verlo. Qué digo, ese día, ese ratito tan agradable. Se esfumó, como yo también hice.

No quería que mis amigos se estuvieran aburriendo por mi culpa. Entendía que ellos quisieran divertirse y que su idea de viaje no fuese la de estar tranquilos sin hacer nada. Así que, esa tarde, nos fuimos, agradeciéndoles por ese día tan perfecto para mí.

En la carretera los chicos hablaban de series, películas y videojuegos. Las chicas escuchaban y se sumaban a las conversaciones. Yo me había puesto los audífonos hace rato.

Pensé en el atardecer tan bonito que veía desde la ventanilla y en el viaje, decepcionada. No con ellos,

sino conmigo misma. Nadie sabía de mis verdaderos problemas, que desde fuera parecía que no tenía. Uno de ellos era, cómo explicarlo, que todos tenían claro qué hacer cuando la aventura se acabase: estudiar, trabajar, alquilar un piso… y yo no había encontrado aún mi vocación. Solo sabía que tenía que seguir estudiando, que tendría que encontrar trabajo, seguramente uno que no me gustara. Al fin y al cabo, tendría que conformarme para poder salir de casa de mis padres. Seguir con mi vida e igual, con el tiempo, encontraría el camino. Mi camino.

Noté cómo me daban golpecitos en el hombro y en el brazo. Me quité los cascos.

—Estás muy seria —a Sofía se le veía más tranquila y de mejor ánimo—. ¿Estás bien?

—Sí —mentí. Últimamente lo hacía demasiado.

Los demás seguían hablando, y me volví a poner la música.

Nunca había sentido tanto amor y tanto odio por una ciudad. En ella comí bien, dormí bien, aunque el calor que hacía allí era asfixiante. Me divertí, y las noches en Zaragoza fueron mágicas. Allí fue donde nos enteramos de que el perro de Sofía había muerto. Lloré. La conexión que tengo con cualquier animal va más allá de cualquier lógica.

Después de doce días, los problemas y el mal rollo salieron a flote. Yo no tenía ningún problema con nadie. Dormía sola y prácticamente iba a mi aire. Las